

Recordar, compartir, aprender

Sevilla

Margot Cavestany Antuñano, 92 años

Gabriel Corbacho Bermejo, 21 años

PASEANDO EL AMOR

El título lo elige ella, que sin duda es la que más sabe de su vida. La biografía de Margot Cavestany Antuñano (Madrid, 31-8-1916) es una suma infinita de historias de amor. La primera empezó el día que vino al mundo y el protagonista fue su padre. “Era tan bueno que llevó luto un mes por la muerte de Joselito ‘El Gallo’, el torero”. Siempre que aparece él en su relato, ella rememora los mejores momentos de su vida. “Era el hombre más trabajador del mundo”. Margot sabe que los negocios le mataron, aunque oficialmente murió de una angina de pecho. Perderlo fue para su familia perderlo todo. Su madre quedó indefensa y sufrieron un embargo que duró 25 años. La situación era tal que el pretendiente de Margot tenía que enviarle las cartas a nombre de la trabajadora doméstica, porque Correos requisaba todo lo que iba para los Cavestany Antuñano.

Otro de sus idilios es con la poesía y también viene de lejos. Sus raíces son líricas por culpa de su abuelo, Juan Antonio Cavestany, el escritor sevillano que se ganó el sillón de la ‘F’ en la Real Academia Española de la Lengua. “Mi abuelo siempre escribía los versos en un perfecto castellano, menos una poesía que escribió en dialecto andaluz sobre el Parque de María Luisa”, recuerda Margot, que recita de memoria y con gran viveza ésta y otras muchas composiciones:

“¿Ha estao usted en Sevilla?
¿Ha visto usted el parque
de María Luisa?
¿Qué no lo conoce?
¿Qué no ha estao usted allí?
Pues... usted no sabe
lo que es un jardín”.

La noche que Margot llegó a Sevilla para quedarse allí a vivir, salió a dar un paseo con su marido. En su trayecto, una viejecita les interrumpió ofreciéndoles un librito que resultó ser una obra de teatro de su abuelo: “Cómpramelo usted, que es de Cavestany”. Y lo compraron, dándole de paso una buena propina a la mujer por alegrarle sus primeros minutos junto al Guadalquivir.

Margot también ama la paz, aunque lamenta que hace tiempo que se ha acabado. “La gente de hoy no quiere leer poesía, que es amor, prefiere las historias en las que hay muerte o asesinatos”. De eso se dio cuenta en la Guerra Civil. Se casó justo antes de que empezara el conflicto. Dos de sus hijos nacieron en esos tres años llenos de disparos y sangre. “Una guerra es horrible siempre, pero si es entre hermanos es espantosa”. Su familia estuvo dividida: ella permaneció en Sevilla con su marido y sus suegros, mientras que su madre no pudo salir de Madrid: “En casa de mi madre cayó un obús y fue a acostarse en una cama... pero no explotó”, recuerda con alivio. La guerra se llevó a su tía Laura, una monja conocida hoy en el mundo religioso como la Beata Teresa María. Para Margot, “tenía una cara de paz enorme”.

Desde aquellos años, Margot hizo todo lo posible por fomentar la paz a su alrededor: “Ayudar a los demás no te da alegría, porque te das cuenta de que hay gente necesitada, pero te da paz y bienestar”. Cuando era joven, cosía prendas para las Hermanas de la Cruz. Además, fue secretaria de una escuela de los Jesuitas durante ocho de los peores años de la posguerra.



Recordar, compartir, aprender

Ella, por supuesto, también ha disfrutado amando y sintiéndose amada. Cuando contaba 19 años, encontró a la persona con la que decidió escribir su propia historia, con la intermediación y el visto bueno de las familias implicadas. Sin embargo, su matrimonio no fue sinónimo de felicidad plena. Su marido era un buen hombre, pero muy diferente a ella. Margot enviudó a los 57 años, aunque sus romances no terminaron ahí. Con sinceridad y dejando a un lado cualquier falsa modestia, reconoce que siempre ha tenido muchos pretendientes, desde que era muy joven hasta los últimos años que ha pasado en dos residencias de ancianos. Siendo todavía una mujer casada, tuvo que quitarse de encima varios admiradores “por el bien de ellos mismos”, para que su marido no se percatase de la fuerte competencia que tenía.

Cuando murió su esposo y ella quedó sola, se sintió libre para buscar compañía, algo que le fue imposible cuatro décadas antes. Fue a partir de entonces cuando encontró el amor verdadero. Ya en la tercera edad, estuvo a punto de casarse dos veces más. Pero en ambas ocasiones, la muerte de los hombres a los que quería la privó de pasar por el altar otra vez. Uno de ellos le dejó una herencia de valor incalculable: la amistad de una hija, a la que Margot quiere y siente como si fuera suya.

Lo mismo le ocurre con la esposa de uno de sus nietos, la adora aunque no sea sangre de su sangre. Porque si hay algún lugar donde el amor de Margot puede verse reflejado más que en ningún otro, es en los suyos. En sus cinco hijos, cinco nietos, 11 biznietos y todos los que tienen que ver con ellos. Sus fotografías empapan las paredes de su habitación en la residencia, un lugar al que marchó voluntariamente para ahorrar preocupaciones a sus hijos. Allí, Margot es feliz, aunque en algunos momentos se pregunta para qué seguir viviendo si ya no puede hacer nada sola. Entonces, su familia le recuerda algo importante: gracias a ella, todos sus descendientes han tenido una consejera inigualable, alguien que les ha ayudado en casi todo. Margot habla con más de nueve décadas de aciertos y errores, de alegrías y penas. Y siempre tiene una experiencia que contar a quien quiere escucharla, una fábula cuya moraleja no aparece en ningún libro. A cambio de sus enseñanzas, quienes la conocen la recompensan con algo que siembra vida a su paso: la compañía de los que la quieren, especialmente los niños, los que más le animan a seguir repartiendo amor.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Margot cree que no habría vivido tantos años sin su gran fe. Su confianza en lo divino no se manifiesta sólo en su devoción por las dos imágenes preferidas de Sevilla, la Macarena y el Jesús del Gran Poder. Su fe siempre ha sido fundamental en los momentos más difíciles de su existencia. Lo fue cuando murió su padre y pasó de tener un chófer a vivir en la miseria. Lo fue cuando parte de su familia quedó en paradero desconocido durante la Guerra Civil. Lo fue cuando, casi sin darse cuenta, se vio rodeada de cinco hijos a los que educar. Ella, que cuando se casó pensaba que con un beso se podía quedar embarazada. Y su fe también es importante ahora, en un momento en el que reconoce que tiene más preocupaciones que alegrías, por culpa de un cuerpo muy limitado y una mente muy lúcida. “Últimamente, me aburro más los domingos que cualquier otro día y no entiendo por qué, si cada día es igual para mí”, cuenta ella, que, no obstante, es muy fuerte psicológicamente.

“Merece la pena luchar por las buenas causas que se quieren conseguir y esperar una recompensa justa”. Pero, para Margot, esa lucha debe cumplir dos requisitos: “Estar libre de odio y llena del deber de convivencia que debe existir en el mundo entero”. Si volviera a nacer, cambiaría tres cuartos de las decisiones que ha tomado en su vida. Pero eso ya no es posible, así que ella sólo quiere disfrutar de la paz que tanto le ha costado conseguir. Como casi todas las vidas, la suya es un relato tragicómico. Pero tiene un matiz diferente: en su caso, el desenlace es feliz, porque ella se lo ha ganado a pulso.